

La niña

Podía oír los colores y ver la música, así era Lowell C. Denson. Alguien que no sabía en qué consistía ser un buen padre, ni eso de ser un *hippie* de derechas. Era un perfeccionista, todo debía estar tal y como a él le gustaba y se esforzaba porque así fuera. Con su hija Cynthia, la rueda del tiempo pesaba y pesaba, entrando en dinámicas tóxicas. Ella lo tenía en un lugar sin mapa. No lo quería. Le culpaba de haber matado a su madre descerrajándole un tiro entre los ojos. Una antigua bailarina.

A Cynthia le encantaba la comida para gatos. Comía hasta que dejaba de tener hambre. Después, se tomaba unos bombones, unos dónuts y a veces hasta unas pizzas. No sabía cuándo volvería a comer otra vez. Tenerlo todo le era igual que no tener absolutamente nada. Tras la sensación de grasa, los azúcares añadidos, el hartazgo, los cigarrillos y el consabido porro, la mano que daba siempre estaba por encima de la que recibía. Su padre le decía una y otra vez que “todo lo que necesitaba ya existía en ella misma, y que la glotonería había existido siempre”. Ayudado por el doctor Bristow, formado en Palo Alto (California), el mismo que a su hija no le dejaba usar el jodido teléfono, menos aún un ordenador o cualquier otra tecnología, observaba y decidía las incompatibilidades del modo de vida que le tocaba vivir a esa joven de diecisiete años. Otros le indicaban que la internase y la denigrase a la no existencia durante varios años.

-Querría vivir a mi aire, tener dinero, hacer mi propio camino -decía Cynthia, al tiempo que miraba por la ventana (otro de sus entretenimientos), siendo su pelo un enjambre de ángeles quemados.

Dos días estuvo sin que nadie la vigilase. Tampoco esa vez, su padre supo si el tono le fue informal o burlón, afable o despreciativo; pero, sintiendo el vehemente anhelo de siempre de su esposa, ya no optó por cruzar los dedos de las manos y asentir, tal y como estaba acostumbrada la joven hija y sus voces, que le atrapaban y encadenaban al mar.

-Te presento a Friedman. El policía más condecorado de Nueva York. Saluda Cynthia, demuestra buena educación.

La ejecución fue impecable. Demasiado, quizás. La hija saludó y hasta se reclinó como si enfrente tuviera a toda una reina.

El que se apodaba Fort Apache, por disléxico no perdía ojo. También porque venía de matar a cuatro personas y parecer un cretino, procedente de uno de los peores barrios del mundo (de ahí su sobrenombre). Los sesenta y cinco años los disimulaba con una enormidad de tatuajes y brazos bien fornidos.

-Lo he contratado. Así que acostúmbrate a su presencia. Te cuidará.

-Y como siempre la persona que le entrevistó no tenía rostro, ¿verdad? - protestó la menor.

Lógicamente, Cynthia encontró casi de inmediato una explicación, de ese, su padre, que tenía entre otras, la reputación de ser difícil de persuadir y la costumbre de fisgar en todo, capaz de dejar escapar cientos de miles de litros de agua por aliviaderos en tiempos de sequía:

-Después te presentaré al chófer. Vamos por partes hija. Y a la institutriz. Dices que has crecido, pues tendrás tu trato. El que querías. Pero a mi manera.

A pesar de todo, la impresión no desapareció. La piel de la joven tenía la misma tonalidad gris que la pared que había detrás de ella, teniendo sus ojos

ocultos tras unas gafas de pasta blanca con los cristales tintados, que podían ser tanto de un hombre como de una mujer.

Esther Doña, que era la institutriz, aguardaba tras la mesa metálica de la entrada, embutida en un sencillo, elegante y pulcro traje marrón. A su lado, sentado, Texas; el chófer de los labios reseco, ligeramente torcido.

“Si follan con uno que follan con todos, ¿no?” Estuvo a punto de soltar la niña. En lugar de ello abogó por algo más mezquino:

-Esclavitud. Eso hace mi padre -y los miró-. Es cuando una persona controla completamente a otra, usa la violencia para mantener ese control, la explota económicamente y le paga prácticamente nada. ¿Verdad papáito?

El señor Denson se ocupó de los problemas reales, no del tono ni de la pose de su hija, iracunda y obcecada, pareciendo alguien hecha a retazos.

-Siento que a tu madre le está doliendo la cabeza y la garganta más que nunca por simpatía y vergüenza ajena. Pero, por suerte, vomites, montes más numeritos o te cagues en este vasto país, el mundo es así. No se puede vivir de ilusiones. ¡Toma nota! Friedman acaba de matar a cuatro árabes, mujeres. Y antes de que le expulsen del cuerpo o le hagan una estatua lo he fichado.

-¿Vamos a ir a ver “Mujercitas”? -se le dirigió ella interrumpiendo a su padre, ni mansa ni sensible, más bien tenebrosa y desaforada.

-Yo cumplo. Tú cumples -así lo consideró ese, sin apenas inmutarse. Otro que tampoco tenía los ojos arrasados de lágrimas.

“¿De verdad la evolución se las ha arreglado para acabar en esto?”, pensó la institutriz. Y todavía le parecía una novedad lo de ser mujer. Cynthia se estaba cubriendo de gloria.

En un mundo perfecto nunca se hubieran conocido.

Texas, en cambio, flipaba con las iniciales de las puertas. Las había de todas las letras, y en mayúsculas y en minúsculas. Aunque fardó lo suyo al subir, alegando que el ascensor era lento. Un elevador capaz de ascender sesenta pisos en poco más de veinte segundos.

Y prosiguió el padre:

-A veces un caballero debe dejarse engañar. Espero que hayas aprendido algo, hija. Yo que tú compraría solo lo que estés feliz de mantener durante diez años. El ruido de mercado obtiene placer hasta de los estornudos, luego no confíes, piensa. De otro modo solo podrás huir y llenarte de deudas, como una persona sin hogar. La sabiduría, listilla, consiste en la oportunidad y la dosis de cada uno. Políticos, edificios feos y prostitutas se vuelven honorables con el tiempo y el dinero adecuado.

Una estrecha franja de césped se transparentaba por el cristal de ese ático, a punto de ser vaciado. Un tapiz en algo elusivo, de irreconciliable dualidad humana. También la mesa larga, con todos esos abuelos vivos, todos los tíos y los primos juntos, aunque fueran de mentira o simples amigos de su padre, retratados junto a los asados sobre la mesa en su mayoría años atrás, portando las instantáneas aquello de cuando en verdad fueron ricos y ni se dieron cuenta. Fotos tristemente hermosas, de calado hondo, que ayudaban a comprender la grisalla del mundo que les rodeaba, o más bien ese final de padre e hija catártico, coherente con cuanto les precedía.

Con la esperanza de encontrar una salida, Cynthia creyó adivinar lo que estaba sucediendo; a decir verdad, fue todo carácter:

-Llevaba demasiado tiempo esperando esto. Mi parte. Papá.

Él reparó entonces, y puntualizó:

-Llevas ocho años sin apenas graduarte y, últimamente ni distingues, de tanta mierda que te metes. Tú nunca fuiste alguien temblorosa, ni una joven envejecida... pero estamos en este punto, donde los agujeros de cualquier chincheta y los restos de cinta adhesiva me aportan más bondad que mi propia hija.

-¡Soy hija de mi madre! -gestó ella-. A ninguna mujer le hace dichosa que su marido la engañe -le escamoteó.

-Abre la primera carpeta -le ordenó con voz seca-. Un día te cruzas con gente nueva y te alejas de otras, ayer tenías mil crisis existenciales y hoy todo es felicidad para ti. Ayer te dolía el alma y hoy te sientes con unas ganas inmensas de conquistar el mundo. Así era tu madre.

-No sabes lo que estás diciendo, palurdo estúpido -le consignó la joven. Ninguna pregunta o hacer suyo era inocente.

Un dolor de cabeza empezó a asentársele detrás de sus ojos, más no paró el señor Denson.

-Lee y firma. Mi parte la cumpliré desde ya mismo. Cuanto más entiendes ciertas cosas más desearías no comprenderlas -apostilló, quien lo único que no le pudo comprar a su esposa fue el futuro.

Una tarea tan sencilla no la pudo hacer. Protestar sí, provocativa y casi que agresiva.

-¿También es absolutamente confidencial? Papaíto.

-Prestaciones. Papeleo fiscal. Cambio de domicilio -le expresó sin ternura.

La que cultivaba una seria adicción a la cocaína necesitó medio gramo. Fue esa la primera vez que se metió una raya justo delante de su padre, al que

le fascinaban los charcos que dejaba la marea. Y no le generó euforia, sino prevención y miedo, que su hija se esquilmasa.

-Veinte mil dólares al día. Esa es la asignación. ¿Recuerdas lo que es un dólar? A las nueve estás fuera de esta casa. ¿Te acuerdas de lo que son verdad hija, princesita? -comentó él, para a continuación dar pie a alguno que otro-, ¿podéis decirle la hora y el día que es hoy? Ya.

El más negro, tragando saliva, no tardó en ponerse derecho y en pie:

-Miércoles. Cuatro de la tarde. Señor.

-Bien, Texas, bien. Dale los buenos días a mi hija Cynthia. Se acaba de levantar hace apenas media hora.

-Respetará el mundo y será capaz de relacionarse. No será poderosa hasta que tenga que serlo. No hace falta añadir más -interrumpió la institutriz, crepuscular.

La cultura humana tenía esas cosas en Nueva York: dolor y gloria.

-Te quiero -se despidió el padre, sin ni llegar a tocarla o mirarla del todo.

Cynthia echó en falta algún que otro paquete de cerveza, además de cariño. Enfebrecida, llamó a su amiga Charlotte.

-Que no nos guste algo no significa que tengamos que ser irrespetuosos -le colgó la institutriz sin permitirle mediar palabra.

-¡Esas cosas no les pasan a las personas como yo! -gritó y se defendió la niña, atroz, anárquica y gris hasta la desesperanza.

Friedman, a todo esto, en una rara paz. Impertérrito, por severo, violento y agresivo; una hostilidad que no se molestaba en disimular. Texas, en cambio, contenido en una sonrisa, mediana y necia. Sonreía en todas las circunstancias y contaba con un repertorio inagotable, que abarcaba desde la sonrisa nupcial a

la punitiva, todas bastante forzadas y siempre con un toque amenazador en su cortejo; de esos que miraban con avidez las aceras, los portales, los escaparates y hasta los semáforos por comitivas que hubiera, con mirada de animal acorralado inclusive, disimulando con gestos de desdén.

La institutriz la sentó, pareciendo quererla más que a sí misma. Un horizonte de perros ladrando fueron el agudo norte que pronto calló. En su mar de juramentos, el padre había ordenado vaciar el conjunto de apartamentos, y una multitud de operarios se afanaban a toda prisa firmado el acto por su parte.

-Debemos hacer las maletas, señorita Cynthia. Me llamo Esther Doña.

El aire se le rizó a la de los escalofríos, con solo oírla de nuevo, llenándosele al poco la alcoba de turbias huellas, lejanas y presentes; más la soledad esquiva le impedía reaccionar. La mujer le fue cogiendo aprisa enseres varios, moviéndose por todas las esquinas, al tiempo que los pechos dormidos de la menor dejaban paso al miedo de otras oraciones, relumbrando querer.

-Si mi madre estuviera no pasaría nada de esto. ¡Cobardes de mierda!
¡Qué esposa ve con buenos ojos que tenga un amante!

Los tres empleados obviaron cuanto pudieron y debieron.

-No deja de ser un todopoderoso que mea como un gorrino. Un puto rico
¡de mierda! -siguió repentizando la hijita, triste y cariacontecida.

Tarea inútil, y certezas varias con la firmeza del rencor.

Cien balas, hubiera recibido la joven de Friedman, para lo bueno y para lo malo. De algún modo tendría que confesarse de sus pecados ese pedazo de cabrón. Fue al final de la adolescencia cuando empezó a pegar a las mujeres. Probable origen de ese clásico antihéroe alcohólico, maltratador y desconfiado. Sin embargo, esa otra realidad le era bien distinta. Tenían trabajo.

La malparida de Esther Doña por poco ordena a Texas orinarse en la cama de Cynthia, empeñada en no levantarse y colaborar. Sí la cogió en brazos, semidesnuda, para dejar atrás las colecciones de moda, los mejores perfumes y opulentas joyas, bajo la expresión del “todo sin futuro” alguno que arrastraba la drogadicta, borracha y mal follada reincidente.

-Texas cumple su palabra, guapa -llegó a susurrarle portándola a regañadientes, sabiendo que la otra quería vivir sin aire, o al menos lo intentaba.

Por supuesto que hubo de escucharle decir lindeces del tipo “chimpancé”, “negro de mierda”, “cerdo gilipollas” y otras tantas maravillas que el chófer y porteador enjugó casi que, atándosela a su torso y brazos, abriéndole el paso el policía, ya en plena escolta. Justo, el único día del año que acudía a la iglesia. Tímida, pero profesionalmente, la institutriz se despidió del ascensorista, del portero del edificio que regía ese turno y cómo no, del ama de llaves del lujosísimo conjunto de apartamentos en los que se había criado Cynthia. Cuatro o seis enormes pisos en uno, sumando toda una planta superior, panorámica y lujosísima.

Dentro de la limusina llamó “puta” a todo quisqui. Y eso que no veía ni sentía lo suficiente, dejando tras de sí un intenso perfume de lavanda quien tenía los pechos redondos y puntiagudos y siempre estaba afónica. La perspicacia del conductor esquivó las zonas más concurridas en cuanto que pudo, e hizo caso omiso a eso de la música clásica. El santo y seña de Fort Apache fue callar, yendo de copiloto. Ambos, constituían cada cual una minoría social, entroncadas la una con la otra. En la parte de atrás, la ferocidad de Esther Doña se permitió llamarle la atención a la hija de su jefe.

-Además de ser mujer hay que parecerlo, ¡jovencita! Compórtese.

“No le desearía matrimonio ni a un perro”, consideró para sí Texas, observándolas desde el volante, ese que tenía el blanco de los ojos más grande que jamás hubiera visto la que tenía los ojos encharcados.

Solo que el trayecto no fue precisamente de los cortos, sobre todo para esos dos hombres a quienes no le valía el desdén de los puristas ni el eco que les encerraba.

-Gano, por el color. El color lo es todo: en la vida y en los negocios. Tío - saltó Texas.

La respuesta de Friedman fue siempre su deber más esencial: cumplir y hacer cumplir; odiar, o generar odio, no sintiendo llevar mejor sastrería:

-El que tiene vacío, verá todo vacío; el que tiene envidia, mirará por ella. A veces la vida apesta, negro. Conduce y llévanos, solo eso.

-Puto ario loco -sostuvo el chófer. -Hace tiempo que no te regalan juguetes, y será por algo.

Esperar a morir de viejos nunca fue su trato.

-Leña menuda -le dijo-, no abracés más de lo que abarcas, negro.

Injurias, fuertes temperamentos y tonterías las justas.

Cynthia debía aprovechar las pocas horas que le quedaban de su cumpleaños. Una libertad que no volvería a conocer nunca. Llevaba días tosiendo como un perro, y tiritando. Horas que corrían y que no se agregaban. Una fecha que celebró quince días antes, cobrando especial importancia esa llanura desértica, desmesurada y vacía, monótona e inmensa. Exactamente el mismo lugar al que había ido a parar, más allá de la evolución en lo formal; de una belleza terrible, evocadora, oscura y melancólica al mismo tiempo.

El reglamento

-Mi madre sufrió la enfermedad de Alzheimer. Al final hubo de ingresar en una residencia especializada. Siempre que volvía de mis visitas necesitaba escribir sobre ella, fruto del estupor y del trastorno. Iba sola. Él no. No le gustaba el rostro inhumano. Su voz, sus gestos, su mirada. Ingresar fue la evolución natural -se apresuró a decir Cynthia a pesar de las reticencias.

Directa e incisiva, Esther Doña le replicó:

-Los palos y las pedradas duelen; y las mentiras. Esa, que era su madre más que nunca, también quería y quiere lo mejor para usted, esté donde esté. Luego, póngase las pilas.

No había mayor figura incontestable en ese hogar, por decirlo de algún modo. Un sitio que aportaba vileza y refinada criminalidad para Friedman. Estando Texas en un vaivén implacable, cambiando de canal en el televisor con vigorosidad y repulsión. También sudando, entre nervioso y contenido, habiendo salido de la nada, acostumbrado a admirarse, teniendo una idea muy elevada de su talento y capacidades y, a veces, cuando se encontraba a solas, mirándose en el espejo para contemplar su figura y extasiarse ante ella. El dinero y el oro no servían para nada en ese secarral de esparto si se perdían. Solo conocer dónde estaban los pozos de agua, en toda esa intemperie, ya costaba lo suyo.

“Imbécil”, había rubricado la niña junto al trazo de su firma, en la copia del contrato de su padre, no en la suya, transigiendo con sus escrúpulos. Era su orgullo lo que sentía cruelmente herido. Hasta vergüenza y deshonor, muy severamente enfurecida, y estúpidamente perdida y resignada a someterse a ese absurdo, o nitidez extraordinaria de su padre (quien creía firmemente en lo

que decía), dueño de su presente y del porvenir. Era ella contra el mundo. Gruñidos de esfuerzo con algunas rotundidades en cada resoplido, dominada por una sola certeza: su padre no era un Dios prudente, bondadoso y justo, sino alguien fatal.

El trabajo del chófer para tal día iba a consistir en entregar el original del contrato y volver junto a ella. De manera que al poco que la institutriz se lo pasó se batió en retirada hacia esa explanada de tierra ocre que se extendía más allá del edificio principal. Solo. Desvencijado a ratos y suficiente otros tantos, no pareciendo muy prometedor, tirando hacia alguien huesudo por más que quisiera perfilar su figura en ese remanso de quietud oculta en medio de la nada.

Los dos hombres eran un cara o cruz: Friedman, Texas. Realidad y vidas licenciosas, o lo contrario. Un Friedman que no lavaba la ropa sucia de cualquiera, pero que podía llegar a hablar con mesura, aunque no tuviera el agradable timbre de una soprano.

-Tú eres capaz de guardar un secreto, ¿no? -le llegó a decir el expolicía, no fiándose, embrutecido desde el mismísimo espíritu. Viéndolo como a un retazo roto-. Si no sabes nada, no podrás contar nada, ¿entendido?

-Entendido -soslayó Texas, aunque le tocó las narices-. Saber es bueno, pero saberlo todo es mejor, colega.

No lo mató por poco.

-Los ojos bonitos no son color, son mirada -le advirtió-. Haz tu servicio, ¡puto negro de mierda!

Texas necesitaba escapar temporalmente de tanta paz y control. No se doblegó. Alguien acostumbrado a pulular libremente y a cometer imprudencias

varias. Poner la música bien alta fue lo primero que hizo al subirse a la limusina, tal que estuviera en el recreo, desoyendo la presión añadida del tal Friedman.

Cynthia, no muy por delante de una hilera de ladrillos rojos seguía en su suplicio y en su insensatez, vulnerable. Pero aún no había derramado lágrima alguna. Eso sí, con los pies sobre la cama no paraba de mostrar arrojo y descuido, porque no estaba dispuesta a amedrentarse ni avergonzarse, desoyendo a Esther Doña, quien, en solemne posición, firme se sobrecogía por la ineludible falta de decoro de esa hija. No muy lejos, la llama de un fuego medio desamparado de no ser por el rabillo del ojo de uno, conformaba una deidad, en la que todavía humeaba alguna taza y cigarrillos.

A partir de ahí, la memoria se perdía en una maraña de luces de neón, consecuencia del fiestón que hubo días atrás en donde apenas ella mordisqueó algunas pastas industriales y sorbido un poco de café torrefacto, metiéndose y esnifando cosas mucho peores. Aquel vicioso deambular hacia ninguna parte le pesaba más que el contrato a la hijita, menuda y frágil, no obstante, su aire triste y ausente le realzaba su belleza y la convertía más si cabe en el centro de todos los espacios. Una vez la vio pasar desnuda Friedman, junto a la puerta entornada del baño, y a través del espejo empañado. Feroz espantajo de ceño fruncido que puso la educadora, custodiando celosamente los pasos, por muy tenues o dichosos que fueran, reafirmada en lo suyo.

La indignación personal y la presión paterna incidían, siempre, en Cynthia. Toda una potente combinación de factores que la hacían infrahumana y repulsiva. También alguien execrable.

-No estás obligada a permanecer en ningún lugar concreto -le recordó la institutriz dando voz al balance de la niña, severa, y pareciendo legal, limpia y justa, como se esperaba de una buena institutriz.

La abundante luz que bañaba las camas pulcramente hechas, a excepción de la que ocupaba la jovencuela, restaba fuerza al adefesio de persona (y patosa de mucho cuidado) que daba puntapiés contra la orilla del colchón, entrecortándosele la respiración.

“Todavía tiene mucha carne en la cara” llegó a pensar Fort Apache, deseando rebañarla con su cuchillo, iracundo.

Por afuera, ya iba rozando los muros de tierra y polvo de las cunetas el coche, guiado al volante por un tipo con gorra de cuero negro, gruesa chaqueta turquesa, anteojos y bufanda, accionado por una energía inanimada dando rienda suelta a sus propios aplausos entusiastas con y sin el volante. En la nave, buena parte del suelo reluciente y el fresco olor a lejía empapaba de un sudor abochornado a Friedman, en pie siempre, y con los zapatos bien atados y el cinto abrochado. De punta en blanco, púdica, la que caminaba con la cabeza erguida y a paso ligero, le presionó ligeramente las cuencas de los ojos con sus dedos (que partían de huesudas muñecas) a la menor, palpando haciendo las veces de madre y enfermera. La otra, reducida, se perdió en balbuceos, reprimendas, silencios dramáticos y poco más, tal que toda esa ignominia solo hubiera manchado su cuerpo. Confusa en su abismo, a fin de cuentas, entre el miedo y la esperanza, cual mujercuela ideal que apenas necesitaba de la materia para ser y existir. Junto a esa cama había una mesa, un *chaise longue* y reflejos de luz. Eran parte de un mundo impreciso, lleno de incitaciones y de vagas promesas. La melena rubia recogida con cuidado desorden conculcaba con los

labios perezosos como para sonreír, la boca grande y ese alocado toque de espontaneidad del revuelo de sus pies para con el jodido colchón que lo aguantaba todo. De carácter estricto y concienzuda, ya no la dejaba dormir más la institutriz:

-No. No es hora de dormir. Es hora de hacer otras cosas, Cynthia.

El miedo a cometer un error, por pequeño que fuera, y por rabia, volvía pesarosa de más a Cynthia, que apenas decía:

-Gordo. Mi padre era gordo. Gordo de más. Así despidió a mi madre -en su lento, categórico y esforzado bamboleo. Y a menudo decía, en un tono trágico y desmayado -vive entregado a lo suyo como una segunda religión. ¡Hijo de puta! Todo lo ve.

Friedman no podía encanecer porque no tenía pelo más allá del afeitado capilar; tampoco es que la mirase enternecidamente sin que turbase su satisfacción la molestia de permanecer de pie media hora, cumpliendo. Estaba en sus cuatro caminos, vigilante a una multitud de peligros, protegiéndola como si fuera un objeto valiosísimo y sumamente frágil, obviando ese signo de amor que bien podía ser de una adolescente o de alguien que se alisaba las cejas con los dedos húmedos y reseco de la edad, pero con cólera y ansias justicieras, y una rabia que le dolía físicamente, de tan furioso y callado como era el policía. Otro, que secretamente repudiaba a su padre, y que reñía con suavidad por el vicio solitario del fumar más de la cuenta.

Esther Doña lo había prohibido.

-Vamos a ser convivientes; hemos de crear un orden nuevo, uniformidad. Son normas -adujo.

Por suerte no había dispuesto aroma a jazmín la del pelo oscuro, ni había adoptado un tono familiar. Seguía tratándolos con calma y una voz límpida, la de rostro ovalado y cejas bien marcadas, ojos oscuros y nariz recta.

Anteriores institutrices dispusieron de voz aterciopelada y dulcísima entrega a Cynthia, para acabar con la respiración agitada, el pelo rizado y la barbilla y el rostro insignificantes, ni siendo capaces de enhebrar con sus manos el hilo de una aguja o menos aún, engarzarle las pulseras y gargantillas cuando hubieron de vestirla con algo de dignidad y oro o plata, con la punta de la lengua casi que asomándoles por entre los labios (carnosos, en su mayoría), reprendiéndolo todo e invadidas por una languidez insistente, tratando de apartar la mirada sin conseguirlo. Ahora bien, Esther Doña era de un largo silencio; de imprudente solo tenía el pañuelo que guardaba en un bolsillo, blanco. El mismo que usaba para tocar ciertas cosas cuando no se fiaba, protegiéndose. Porque en esa nave, días antes hubo movimientos más que agraciados, cuerpos armoniosos, rostros enrojecidos y velados por sudores varios, mechones huidos de trenzas varias, lozanías y excitaciones por doquier, henchidas de turbación y sinvergonzonerías. Le tocaba crear una nueva cultura. En eso estaba. Tenía el equivalente a siglos de exterminación y mala servidumbre que costaba erradicar. Pese a todo, avanzaba, y era desgarrador el panorama. Se detuvo en el primer paso.

-Trocamos el mundo por dinero. Tiene los veinte mil. Suyos son. Se suceden las horas. ¿En qué los gastamos hoy?, señorita.

-Soy pequeña como para ponerme a trabajar. No soy una modelo de esas, anoréxicas, tísicas y medio locas que también te follas, arrancadas de sus

familias, ¡qué ellas sí las tienen! Personas vacías. No me mimes como a tu caballo, ¡Esther zorra!

No fue malo, que se hiciera un poco la tonta la institutriz en tan sencilla división, y falaz comentario. Esperó unos segundos antes de responder a la joven descerebrada y mayor quejica:

-Dentro de nosotros existe una persona a la cual no se le puede meter prisa -consideró educadamente la institutriz- una persona que necesita tiempo y nos impide entregarlo todo. Esa persona necesita un sitio a donde ir, y nos obliga. El tiempo es la mercancía de mayor valor; y las ganas, así como la verdad.

Para Friedman la guerra no tenía rostro de mujer. Eso sí, se le acercó a la institutriz, para preguntarle con sinceridad y crudeza:

-¿Intervengo? -Una voz que se escuchaba en contadísimas ocasiones.

-No, gracias. Me ocupo yo señor Friedman.

A partir de ahí, la educadora dispuso un efecto acumulativo, tanto dentro como fuera de esas fronteras:

-A mi marido no le guardo rencor, le perdoné hace tiempo. Tuve a mi hija. Y sí, aprendería a disparar si fuera preciso, no es ninguna atrocidad. Sí. No me da miedo decir la verdad, niña rica, ni perpetrar alguna que otra barbaridad. Puedo ser liberal, radical y justa -reflejó ante ojos estupefactos-. Si vuelves a insultarme te cruzo la cara, yo. Nadie más. Careces de interés y de altura si te comportas así. No necesito tres meses para rebuscar en tu nefanda conducta personal. Tu padre me ha asignado mi propio espacio. Y mi sueldo me lo gano, ¡niña! -para acabar recopilando y discerniendo-. El humor y el honor son difíciles, se basan en la práctica de la inteligencia y la profundidad. No juegue conmigo. De todas las responsabilidades que asume el ser humano, la de tener hijos es,

probablemente, la mayor y más decisiva. Darle a alguien la vida y hacer que esta prospere es algo que involucra al ser humano en su totalidad. En cambio, rara vez se habla de la responsabilidad de ser hijos.

A todo esto, el señor Lowell C. Denson, con una mezcla de urgencia y disciplina, atravesaba las inmensas puertas correderas de uno de los hangares, a cientos de kilómetros de esa nave invadida por la hiniesta broza y el descampado. Tres vehículos blindados y varios soldados acondicionaban todo a su paso, incluido algún que otro helicóptero presidencial (Sikorsky UH-60 Black Hawk) y demás vehículos con hélices y bimotores para largo alcance. Era alguien atípico, de los que siempre que ejercía de mandamás iban con traje oscuro acabado en mate y gafas redondas, e inmensamente rico, nacido en Nueva Jersey, por inglés que fuera. Decía beber solo agua, pero gustaba de comprar los mejores vinos, no por mofa, sino para regalarlos. Y a quien todos sus oficiales le estrechaban la mano, en nada flácida, con una mezcla de respeto y de extrañeza. El protocolo le obligaba a cambiar de nombre asiduamente. En cada viaje, en cada movimiento, le daba una vuelta al abecedario, si bien, le llamasen Godzilla, Tina o lo que fuera, absolutamente todos sabían para quién trabajaban sus empleados, ya fuera de manera autónoma o teledirigida. El señor Denson no olvidaba los nombres de sus empleados más allegados, y cuando las palabras no fluían como debieran, sus secretarías y agentes acudían en su ayuda. Mucho más de lo que creía se le iba en salarios base y puros, para su círculo más cercano. Y, al igual que decía no beber tampoco fumaba, solo que le gustaba obsequiar con lo mejor de lo mejor. Y eso que vivía bajo la jurisdicción de un tribunal militar, si acaso. Habían intentado atentarse contra el mismo setenta y nueve veces, que se supiera. Todo lo relativo a él era considerado “información

confidencial” en la política imperial. Una legión de cámaras intentaban filmarlo una y otra vez, desde todos los ángulos. Mujeres y hombres, algunos inimaginables. El Departamento de Defensa, además del FBI y Asuntos Exteriores, disponían de una sala de mando (subterránea, e iluminadas crudamente) para monitorizarlo y tenerlo a buen recaudo. Todo cuanto hacía permanecía bajo estricto secreto, o así debía ser, salvo que se quisiera publicitar algo en concreto. El presidente de los Estados Unidos de América y algún que otro general ya había cambiado su agenda más de una vez para departir con ese que mostraba sin alboroto su alopecia, alto y delgado, aunque para su hija estuviera siempre gordo, sin que supiera cuánto aportaban sus negocios al producto interior bruto. Ese que por el grosor del polvo en una biblioteca pública podía medir la cultura del pueblo sin equivocarse mucho. Lo hacía por una sencilla razón: la mayoría de la gente no lo hacía. Lo que sí hacía era caminar por la orilla del mar, descalzo, en ciertas ocasiones, bajo la sola presencia del océano y su respiración, sus urgencias y sus verdades. Bajo sus pies crujían trozos de conchas azulados y colores madreperla. Alquimia, religión y experiencia consciente en esa vocación del perderse hacia la orilla celeste del agua, que también mucho de corrosivo y no pocas veces ofrecía placidez. Eso lo podían hacer los que tenían mucho y los que no tenían nada, a virtud de un sentimiento sencillo y de una idea clara que rechazar por igual. La costumbre que tantas veces permitía soportar algunas situaciones infames, no la claudicación, sino la costumbre.

No eran pocas las alusiones de Cynthia hacia el mar. En el contrato se decía que podía elegir cualquier lugar donde residir. Un texto perfectamente diseñado donde nada resultaba figurativo y todo se podía hacer, siempre y

cuando fuera con sintonía y respeto, y pudiera pagarlo. Los tres empleados a cargo los sufragaba directamente el padre, luego no consumía crédito diario con ellos. Fue de lo primero que requirió concreción:

-Pequeña, te guste o no, trabajamos para tu padre. Y somos buenos - vislumbró la institutriz.

Para Friedman, Cynthia seguía siendo un miembro bello pero inútil, como todas las mujeres. Ella pensaba del mismo que no sabría ni escribir su nombre.

En el acuerdo se decía que la menor lo tenía todo para ser feliz. Una condena y una pesadilla que la joven quería dejar atrás. Bajo el faro de esos dos le pasaba buena parte de su vida en breves instantes y sueños imposibles. De niña, nada le gustaba más que pasear por los alrededores de su casa. E inmiscuirse en la naturaleza, imaginando aventuras. De todo eso solo le quedaba el orgullo y las limitaciones que interferían con sus convicciones. Había de buscarse un hogar, estudiar, y adaptarse a los cánones sociales. Y, habría de ocultar quién era y dónde había estado. Quizás eso era lo que peor llevaba ella y su propio padre. Pero es que el progenitor no aguantó más desfachateces tras saber que su hija se había convertido en algo así como una “esposa de campaña”. La segunda esposa, la querida, la ilegítima. De nada más y nada menos que el vicepresidente del *holding* empresarial de su padre. Para colmo, la excusa y justificación de la nena:

-Solo había hombres. Yo no lo quería. Era el primer comandante de tu batallón, como tú decías. Era un buen hombre, pero no lo quería. ¿Qué otra opción tenía? Mejor uno que no todos. ¿O te cuento que fueron todos?, ¿Qué follamos todos?

Algo burdo que en absoluto normalizó situación alguna. Peor aún fue lo de dar a entender que también otros compañeros de su padre la habían violado o se los había tirado, como si fuera parte de la misión (alguno de los que daban donaciones para la construcción de iglesias). Por numerosos testimonios y anécdotas, nadie reflejó la violencia sexual interna ni se explayó tras toda esa vida de silencio. Una enfermera, eso sí, bregó a diario y sin descanso durante unas semanas con situaciones extremas, porque Cynthia llegó a ser incapaz de tumbarse y dormir sin alborotarse, menos aún, de volverse a poner a cuatro patas o dormir boca abajo. El rico empresario llevaba tras de sí una guerra demasiado espantosa como para pavonearse, por lo embarazoso e incorrecto, ya fuera con la que todavía estaba en edad escolar, o con su mismísima esposa: lo cual fue aún más terrible.

Algunos allegados encontraban en tales casuísticas la razón por la que el magnate mirase sin triunfalismo alguno, muy a pesar de tener buena parte de sus negocios relacionados con las técnicas militares y las estrategias bélicas. La institutriz sustituía a una psicóloga clínica y a una cuidadora, británicas ambas, que acabaron pereciendo en un accidente de tráfico. La Una y la Dos, como ellas mismas llegaron a nombrarse consecutivamente, no necesitaron de esa trágica muerte para convertirse en rumores y casi que leyenda. La ventana indiscreta de ese magnate arrasaba con todo. La noticia llegó a emitirse en una cadena británica, y no con muy buenos modales, por cierto. Si bien, reaccionó a tiempo y aceptó la financiación de algunas carreras profesionales, aunque el encargo ya estaba hecho, y la especialista en contabilidad forense certificó accidentalmente para su bien, a ese rico padre, que solas se salieron de la calzada a gran velocidad; por mor y oficio a ese magnate, amén de sus buenos

juristas y una traición de mujeres con las botas puestas. Dinero que no bastó para ayudar en la educación de esa señorita, llamada Cynthia, su propia hija, maquinadora, que tuvo por paga setecientos cincuenta de lo que fueron dólares a la semana, frente a los cinco mil de su madre, cuando esta última vivía. Friedman, por su parte, sustituía a un vigilante nocturno que fue trasladado a una fábrica tan lejos como cerca de una reserva india, desconcertado por lo que había visto y oído gracias a los impulsos de la naturaleza humana, maniatado por el futuro académico de sus dos hijas, becadas con erudición rigurosa por ese villano y su ejército de empleados. Esa y no otra era la cara más oscura y salvaje de la América contemporánea. Decidirse entre acceder al chantaje o cargar con el asesinato periódico de desconocidos, en el caso de negarse a la coacción (no solo bastando perder a la familia). El oficial de enlace para con el cumplimiento del contrato sería Henry Farrell. Un excéntrico anciano mutilado, con amplia sonrisa sacramental que daba mucho miedo, acentuada por un bigote que era una línea recta, acompañando a los ojos medio cerrados y a ese talento impagable para martirizar a sus subordinados y, digamos, siendo benevolentes, que de carácter tendía al sarcasmo. De esas personas que nadie echaría en falta si por casualidad alguien se adentrara en desolados paisajes nevados y le pegase un tiro, con motivo de salvaguardar los secretos y disputas de esa familia y turbios entornos donde todos parecían guardar secretos. El señor Farrel era de los pocos que quedaron tras remodelar el magnate su imperio, limpiando gentes y cargos que hubieran tenido contacto alguno con su hija, o quiénes hubieran dispuesto comentarios en tal sentido, vaticinando y anunciando con vehemencia, a ratos timorato y en otros envalentonado, empeñado en decir cosas que nunca hubiera querido escuchar.

En definitiva, sutiles relaciones cuando la bondad se alcanzaba sin necesidad de meditar sobre ella, con la yuxtaposición de una rica variedad de imágenes, algunas inesperadas. La madre ocupaba un instante eterno en el padre y la hija. Algo paradójico, en esa suerte de intemperancias entre la madurez, la vejez y la juventud, que tan pronto la databan de ambiciosa, sucia y mala, como que su condición humana dejaba caer minuciosas y contadas lágrimas. Observación que descubrió Esther Doña con una sonrisita pérfida, por pequeña que fuera, en virtud de esa antipática autoridad que se atribuía:

-¿Puedo ayudarte?

Esa nave industrial revestida de sala de estar y archivo respondió por ella.

-Imagino que no es momento de presentarte a tus dos profesores. Son dos matemáticos. Yo coordinaré las clases. Y, déjame aclararte, que el protocolo lo exige -añadió la educadora, apostillando-. Todos están implicados, de un modo u otro, en la gestión del protocolo.

-¿Protocolo?, ¿eso soy? ¡En eso me he convertido!, ¿no? ¡Putá zorra! - se alzó Cynthia.

-Nada que no esté especificado en el informe. A eso me remito.

-¿Matemáticas? ¡Vaya mierda!

-Las matemáticas estructuran el pensamiento, estructuran la autocrítica. Y antes que ser la mujer de la vida de cualquiera, tienes que serlo de la tuya.

A todo esto, Friedman se soplaba los dedos, meditabundo. Lejos de unos padres cuyos rostros no reconocería si se los encontrara por la calle.

Definidos los términos, más de cien, la de aspecto añorado reforzó su angustiado entusiasmo adolescente enarbolando un fornido aparato de color negro, diciéndole sin temor verdadero: -Métetelo por el culo, zorra.

La bofetada no se hizo esperar.